

Conferencia leída por su autor, Comodoro Luis Hurtado de Mendoza, durante la "Semana Militar" del Ateneo de Ciencias y Artes de México

Para comenzar mi relato necesito decir cómo nació, al poder de una mágica idea, la Escuela Naval Militar, orgullo legítimo del primer puerto de la República que es Veracruz.

Los marinos que nos antecedieron hicieron sus estudios teóricos en el heroico Colegio Militar de Chapultepec. Al terminarlos eran enviados a practicar a España y los subsecuentes fueron educados por una misión inglesa presidida por el Capitán de Navío de la Armada Real Inglesa Royal Kari Brenton, quien trajera al buque-escuela "General Zaragoza" como Segundo Comandante al que después fuera Lord Beresford del Almirantazgo Inglés, y así sucesivamente una serie de Oficiales instructores ingleses. El viaje de la vuelta al mundo del citado barco coronó con éxito el saber de nuestra futura Oficialidad de cubierta.

Era a la sazón Ministro de Guerra en el Gabinete del General Díaz, el general Felipe P. Berriozábal, quien con el General José María de la Vega hizo la separación de los alumnos del Colegio Militar para fundar el primero de julio del año de 1897 la Escuela Naval Militar, de hijos tan ilustres como Azueta y Uribe. Esa gaviota cariñosa empolló a sus polluelos descendientes de los aguiluchos de Chapultepec. Cobijó en su seno con el mismo cariño a los alumnos de la Escuela de Maquinistas Navales un año antes fundada en el Arsenal de Ulúa, y al calor de su plumaje llegaron los de concurso directo; formábamos el primer escalón de sus hijos legítimos, teniendo el suscrito el alto honor de ser el primer alumno a quien se filiara en la Escuela Naval Militar.

En la Marina de Guerra a la sazón quedaban muchos hombres venidos de allende el Atlántico y aun sudamericanos, como el Capitán de Navío Chi-

leno Fuentes, autor de la hazaña del "Blanco Escalada Chile", posteriormente al triunfo de su partida Almirante en la Armada Chilena.

Una verdadera Babilonia era nuestra Marina de Guerra, que ha sido poco a poco desplazada por los hijos del país, tan expertos en su carrera como sus maestros los ingleses, que en el medio en que habitamos han sido los primeros navegantes. Su pericia ha quedado demostrada con muchos hechos y especialmente con el ejemplo que dieron al mundo entero de la perfecta conducción de los guardacostas de la primera escuadrilla que por su pequeñez causó espectación en toda la Europa.

Así siguió la Marina produciendo oficiales; los polluelos habían brotado del nido y con recios músculos, gran voluntad y un enorme bagaje de saber llegaron a formar la Armada Nacional que hoy, gracias a la Revolución, es enteramente mexicana.

Cincelados quedaron en los muros de la Escuela Naval los postulados del artículo 32 que diera el mando y destino de las embarcaciones de México a los marinos hijos de mi patria; a ellos estaba destinado concurrir a las epopeyas demostrando su lealtad al Gobierno del señor Madero, Gobierno legítimo por todos conceptos, separando para siempre los pensamientos de cumplir y del deber de fidelidad al gobierno constituido de la ponzoña del personalismo que crearan los acontecimientos de 1910. En esta época comienza la actuación de la Marina de Guerra como función militar.

Densos nubarrones agitaban el cielo de mi patria; la paz que durante treinta y cinco años y al poder de una dictadura a veces férrea y muchas acomodaticia, llegó a fastidiar a un pueblo que lleno de necesidades sociales sacudió el yugo; yugo al que éramos ajenos los hombres que formábamos la Marina de Guerra. Ya en 1906 habíamos tenido los primeros encuentros con los magonistas, que alzaron su voz de protesta en Minatitlán, pero que desconocedores de los elementos de fuerza de la dictadura, cayeron uno a uno, yendo a parar la mayor parte de sus cabecillas al tétrico Ulúa, donde el conjunto rindió el último tributo a la naturaleza contaminada con la terrible tuberculosis endémica en los antros de esa espantosa prisión, prisión que desgraciadamente estaba destinada no sólo a los criminales natos y a la peor clase del país, sino a los militares delincuentes de aquella época y terminó con dar cabida a los políticos que por primera vez alzaban la voz para *poder* con un orden social preñado de amarguras, muy lejos de los marinos de guerra que ni nos *llegamos* por amor a la patria y por la necesidad de hacer una carrera de acuerdo con nuestra vocación, a los escaños de nuestra heroica y querida escuela y que aprendíamos en las aulas que nuestro deber para con la patria era sostener al gobierno constituido.

representativo del poder público, que era quien los educaba para servir a un México que nunca creímos sufriera las amarguras y dolores que nos descubriera la revolución por medio de sus hombres que habían sentido, muchos de ellos, el aguijón de las lacras de un gobierno dictatorial. Durante esa paz nuestro solo papel era conducir reos de Veracruz a Quintana Roo; proveer a las fuerzas que guarnecían dicho Territorio de todo lo necesario, y con toda abnegación la juventud mexicana que empezaba a adquirir los primeros grados en la Marina de Guerra, concurrió al combate de Tulum contra los indios mayas y expuso constantemente su vida con el terrible paludismo que encontrara en ese lejano girón de la patria que no tenía nada de mexicano, pues la mayor parte de sus habitantes casi no hablaban español y era ocupado en los sitios más sanos por beliceños y criollos de inglés y yucateca. En la costa del Pacífico tocaba a los buques de ese litoral conducir a los mal comprendidos indios yaquis de Sonora al puerto de Manzanillo, cuyo ferrocarril comenzaba a funcionar. Una escena digna de mención tuvo lugar en este puerto: Tocó el mando de uno de nuestros buques a un Comandante joven, educado dentro del honor y la rectitud inglesa. El grupo de piratas humanos, de negreros de residencias elegantes en la ciudad de México, llegó al citado puerto para escoger su personal, y un yucateco, dueño de la Isla de Cozumel, avanzó hasta la cubierta del buque e inquirió por el Comandante y, con su peculiar modo de hablar, le indicó al Oficial de marina que si le separaba los mejores elementos y más robustos de los yaquis, lo gratificaría con treinta pesos por hombre. El Oficial mencionado, con una sonrisa de indignación, le contestó: "Perdone usted, señor: se ha equivocado; yo soy Oficial de Marina de Guerra; nunca pensé estudiar para capitán negrero; el gobierno que me paga me impone esta obligación de conducir a estos mis compatriotas, contra toda mi voluntad, pero entienda usted que soy hombre honrado". El personaje a que me refiero hizo llegar en son de queja a la Presidencia de la República las frases de este pundonoroso Oficial, pero contra lo que todos esperaban, el repetido Oficial fué felicitado por el entonces primer mandatario de la República, el que a pesar de la corrupción del partido científico, aún tenía fibras del 2 de abril.

Así llegamos hasta 1910. El ambiente pesado comenzó en el Estado de Sinaloa. Las elecciones de Gobernador que se disputaban los señores Redo y Clausel habían enardecido a ese pueblo absolutamente varonil que había perdido por completo el respeto o temor a las autoridades, y con todo valor civil seguía su propaganda en favor del candidato popular que entre los marinos de guerra tenía más simpatías que el impuesto, que era un atildado señor que repugnaba a nuestra condición de soldado.

Formaban la Flota del Pacífico el "Demócrata", el "Tampico" y el "Guerrero"; la del Golfo la componían el "Veracruz", el "Morelos", el "Bravo", el "Zaragoza" y el "Progreso".

Sólo dos acciones de guerra tuvieron lugar con los revolucionarios maderistas y la Marina de Guerra, una en el Golfo y la otra en el Pacífico. En el Golfo fué el discutido Santanón, de quien unos opinan que era abigeo y otros revolucionario; allí fué, en combinación con las fuerzas de tierra, la persecución que causara la muerte del cabecilla de que se trata. En el Pacífico las huestes de Carrasco, Elpidio Ozuna y el Chilolo atacaron Mazatlán, guarnecida esta plaza sólo por 130 hombres del 50 batallón. Se destacó el "Tampico", el que llegó con toda oportunidad para reforzar la plaza, dada la situación topográfica de la península mazatleca, es absolutamente estratégica cuando se cuentan fuerzas de mar para proteger a la guarnición. El "Tampico", fondeado en Puerto Viejo, dominaba con sus cañones las entradas por los caminos del "Camarón", "Palos Prietos" y el Panteón. Fuerzas del 50 Batallón habían ocupado "La Montuosa". El "Tampico" con su marinería ocupó el fortín "Osollos" y la batería fija, con rurales del Estado, ocupó el cementerio. Todas las entradas al puerto de Mazatlán habían sido cubiertas. Los marinos de guerra hicieron la fortificación de todas las posiciones y para evitar una sorpresa nocturna establecieron un conjunto de reflectores que alumbraban perfectamente los caminos durante la noche. Dos inútiles ataques hicieron a la plaza y el primero de junio de 1911 fué evacuada por orden de la Secretaría de Guerra y Marina, conduciendo a todas las fuerzas hacia el puerto de Guaymas.

En 1911 la Marina de Guerra condujo con todo afecto a su jira política al señor Presidente Madero y al culto licenciado don José María Pino Suárez. Durante esa jira el acercamiento de los marinos de guerra con el futuro Presidente de la República afirmaron los lazos de simpatía que debían después coronar con el nombramiento que hiciera de un marino como Jefe de su Estado Mayor, distinción que la Armada Nacional aceptó como suya, y fué entonces cuando del ánimo de la juventud surgió con todo cariño el respeto y la lealtad que confirmara tener hacia el Presidente mártir.

En el Golfo, a mediados de 1912 y siendo Jefe Político de Minatitlán bajo el gobierno de la República del señor Presidente Madero y del Estado de Veracruz, el licenciado Lagos Cházaro, estaba a cargo de esa jefatura el que después fuera ministro de todas las carteras, doctor José Manuel Puig Casauranc. Un grupo de orozquistas encabezados por el hoy General de División Panuncio Martínez atacó esta población y fué comisionado el Cañonero "Veracruz" para guarnecer dicha plaza. En el ataque fué tomada

por los orozquistas, quienes voluntariamente la evacuaron y como amenazaron con quemar la refinería de la poderosa compañía de petróleo "El Águila", se quedó destacado el Cañonero que menciono y entonces fué guarnecida la plaza por 110 hombres de la tripulación del "Veracruz", 30 hombres del 30 Batallón y 2 escuadrones del 45 Cuerpo Rural Maderista a las órdenes del entonces Mayor Pedro Pizá Martínez, hoy General del Ejército, quien llevaba como Comandante de uno de sus escuadrones al Capitán Segundo José Aguilar Soto, hoy Teniente Coronel y antiguo marinero de uno de los buques de nuestra Armada. El ataque no se hizo esperar pero las fuerzas habían ocupado la elevación que se encuentra en el centro de la población y fortificado sus alrededores los 700 hombres que componían las fuerzas de ataque fueron rechazados en hora y cuarto de tiroteo, persiguiéndoles y destrozándolos en Cosoliacaque donde se les hicieron 140 prisioneros. Una orden para conducirlos al puerto de Veracruz dió fin a la defensa de aquel puerto, el cual quedó libre de orozquistas después del rotundo fracaso que habían recibido, quedando guarnecido por las fuerzas del 45 Cuerpo Rural. Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, en la costa del Golfo, Juan Banderas, "El Agachado", con un grupo de sus hombres deponía en Mazatlán al Gobernador de Sinaloa. Fué el Cañonero "Guerrero" comisionado para volver a su puesto al Gobernador Rentería y este buque desembarcó a sus hombres cumpliendo con la orden dada por el gobierno, pero por torpeza de los Oficiales de marina que conducían a la tropa, fué muerto casi un tercio de sus fuerzas, y, no obstante esto, fueron ascendidos al grado inmediato; pero hay que hacer notar que los autores de este incidente eran hijos del Jefe y del Subjefe del Departamento de Marina.

El 16 de octubre de 1912, en un día esplendoroso, un sol netamente tropical había roto con los albores de la mañana, los blancos uniformes que adornaran el malecón del bello Veracruz se había dispersado la víspera sin la menor idea de contienda. Cada uno dedicó su descanso según su sentir, la juventud, siguiendo su vida de mar, había cogido la diversión como descanso y al despertar el día que menciono supimos que el ex General Félix Díaz, aprovechando la traición del Coronel Díaz Ordaz, un valiente olvidado de sus deberes de soldado, había hecho armas contra el gobierno legítimo y habían ocupado Veracruz sin disparar un cartucho. El Comandante militar, General José María Hernández, era a su vez el Jefe de la prisión de Ulúa. En forma sospechosa se dejó aprehender y envió un recado absolutamente capcioso al pundonoroso Comodoro don Manuel Azueta, padre del héroe epónimo José del mismo nombre, quien contestó que esperaba la visita del General Hernández en el Arsenal Nacional, situado en Ulúa, que por

entonces estaba a sus órdenes. Mandaban los buques de la Flota el Capitán de Corbeta Vicente Solache el Cañonero "Bravo", el Capitán de Corbeta Fernando Lalane, hijo del General de División Jesús Lalane, proclamador del honor del soldado, el Cañonero "Zaragoza", el Capitán de Corbeta Vicente Senties mandaba el "Veracruz" y el Capitán de Fragata Antonio Ortega y Medina el Cañonero "Morelos"; este Comandante se encontraba en asuntos del servicio de esta capital, asumiendo el mando por sucesión el Primer Teniente Arturo Medina. Tres recados recibió el Comodoro Azueta en el Arsenal de Félix Díaz: uno con el Capitán de Ingenieros Fernando J. Zárate, que ninguna relación tiene con el hoy Coronel de Ingenieros del mismo nombre, otro con un Mayor Grinda, cuñado del Comodoro Azueta, y el tercero con un civil. La Oficialidad joven, en masa, expresó a quien habla su descontento por estos recados, pues el que esto afirma era Oficial en el Arsenal a las órdenes del Comodoro que he mencionado. Mientras esto pasaba, a bordo del "Morelos" un Coronel de Artillería, de apellido Migoni, había llegado al barco a hablar con el Comandante, pero la Oficialidad, sospechosa de él, se armó y con pretexto de hablar de asuntos del servicio a su Comandante penetró a la Cámara donde se encontraban Migoni y Medina. Ocultas las pistolas para no inspirar sospechas al Coronel citado, penetraron a la cámara, pero como las paredes de ésta son formadas de espejos, el Coronel que cito vió las pistolas a la retaguardia de los Oficiales y fué poco a poco poniéndose densamente pálido y abandonó el buque en forma vergonzosa. Con la convicción de que la Oficialidad joven brotada de la Escuela Naval, estaba dentro de su deber, se acercó el que habla al Comodoro Azueta y manifestó en forma respetuosa que el grupo de Oficiales embarcados y los del Arsenal no deseaban que lo fueran a aprehender inerme a Ulúa. El Jefe de que se trata contestó con toda energía: "Esperaba saber con quién contaba y puesto que estáis dispuestos a cumplir con su deber, me pongo a la cabeza de vosotros y marchemos al "Morelos" en donde se arbolará mi insignia". Nombró al que esto afirma Jefe de Estado Mayor de la escuadrilla, con instrucciones de destituir a los Comandantes que en esos momentos no estuvieran en su puesto. Los Capitanes de Corbeta, Solache y Senties, estaban en tierra, el primero convencido contra su voluntad de seguir a Félix Díaz pues sólo el agradecimiento de que este hombre hubiese puesto a su hermano como Jefe de Bomberos lo hizo quebrantar su honor militar que había predicado como Oficial constantemente, y Senties, de vicioso, no se dió cuenta de los acontecimientos que en Veracruz se desarrollaban y sólo el Comandante Lalane, haciendo honor a su padre, héroe real y positivo del 2 de Abril, permaneció en su puesto de

gobierno constituido, doy avante; si mi Comandante me ordena que dé avante para rebelarme contra el gobierno constituido, no doy avante; estos son los principios que usted me enseñó en la escuela". Igual sucedió con el Tercer Maquinista Teodoro Madariaga, quien dió la misma contestación que había expresado el maquinista Ledezma. El Comodoro Azueta tuvo conocimiento que a bordo del "Bravo" estaba Solache y ordenó inmediatamente que el "Veracruz" se pusiese al costado de babor con órdenes su Comandante de hacer fuego sobre el "Bravo" si éste asumía una actitud rebelde. Igualmente ordenó al "Zaragoza" que batiera la popa del citado buque a la primera orden de la comandancia de la escuadrilla y el "Morelos" iba a moverse al costado de estribor con objeto de inmovilizar a la unidad que ya se consideraba rebelde. Como los buques estaban bien dotados, el que habla, con 50 hombres de marinería y en dos lanchas rápidas, avanzó hasta los costados del "Bravo" ocupando la cubierta de la toldilla y por la lumbrera del Comandante hizo apuntar las armas sobre Solache. Con toda serenidad levantó la cabeza el citado Comandante y preguntó: "¿Usted necesita tanta gente para aprehenderme? A lo que el que esto afirma contestó: "Si usted me da su palabra, retiraré a la gente", conociendo el carácter de Solache. Empeñó su palabra, se retiró la gente y los dos enteramente solos fuimos al buque insignia. En la cámara del "Morelos" se desarrolló alguna escena que no podemos describir porque sólo se verificó entre Azueta y Solache. Este, a la salida y con lágrimas en los ojos, decía a aquél: "Le doy a usted mi palabra de honor, mi Comodoro, que como Comandante del "Bravo" iré a defender al gobierno constituido". Y haciendo honor a esa palabra empeñada, el 19 de octubre, cuando se levantaba en armas el destacamento del 21 Batallón que guarnecía Ulúa a las órdenes del Teniente de Infantería, hoy Coronel del Ejército Salustio Lima, el "Bravo" cañoneó con toda oportunidad a los rebeldes. Al atardecer del día 19 los vigilantes que estaban en el Caballero Alto avisaron por banderas, que encerrada la prisión se notaba movimiento de tropa que indicaba un levantamiento en el interior de Ulúa. Fueron destacados 100 hombres de marinería, 50 por el Arsenal y 50 por Guadalupe, a las órdenes del que esto afirma. Salustio Lima, con 60 hombres que estaban en Punta del Soldado y cargando a una mujer, fué a reunirse con sus compañeros de cuerpo. Los certeros disparos del "Bravo" hicieron caer al agua a la mayor parte de los hombres y sólo pudo llegar Lima con 12 para incorporarse a las fuerzas de Félix Díaz. Un ligero tiroteo se entabló a la entrada de Guadalupe, muriendo en él el Cabo de cañón Juan Valdez. La tropa, inmediatamente que vió fuerzas de marinería, sin

gran resistencia militar se concentró a la plaza de armas de la fortaleza y rápidamente se avanzó hacia las puertas de las galeras, pues había orden expresa del C. Presidente de la República, don Francisco I. Madero, de impedir a toda costa la fuga de los presos. Cuando llegaba con las fuerzas hasta la puerta de la galera nordeste del puerto, un Coronel del extinto ejército, apellidado Martínez, obeso de figura, estaba enteramente sólo haciendo fuego sobre los presos que ya habían roto la primera puerta de la galera valiéndose de un riel como palanca para ello. 10 hombres de marinería, con órdenes de hacer fuego, impidieron la salida de ellos, ya que aquellos hombres, en su mayor parte criminales natos, comenzaron a gritar: "No tiren que ya nos vamos a meter". La misma escena se registró en la galera del sureste, únicas ocupadas por los presos, las que hoy, a impulsos de la revolución, están transformadas en elementos de adelanto del Arsenal Nacional. Se encontraba preso a la sazón el hoy General Gabriel Gavira, quien se había sublevado contra el gobierno del Presidente Madero y en Ulúa vivía con toda clase de consideraciones en la casa del Gobernador del Fuerte.

El 21 del mismo mes arribó al puerto el buque norteamericano "Desmond" y el Comandante de esa embarcación, después de las visitas reglamentarias, tuvo una conferencia con el Comodoro Azueta en presencia del que esto afirma. El Comandante de la unidad americana estuvo altamente grosero y despótico con nosotros, pero todos sus asertos fueron contestados con dignidad; probablemente ya andaba la mano de Henry Lane Wilson interviniendo en los asuntos de mi patria. Estaba empeñado en desembarcar con sus hombres dizque para proteger los intereses norteamericanos. A una pregunta que hiciera al Comodoro Azueta sobre ¿qué haría si desembarcara?, se le contestó: Si usted desembarca a fuerza, será batido como invasor y las garantías de sus connacionales las da mi gobierno por mi conducto y ya ordeno que en el momento necesario desembarquen hombres de marinería a proteger a los americanos y sus intereses, aun cuando sea a costa de la vida de estos hombres.

Siempre estuvo la escuadrilla comunicada con el Gobierno del señor Madero, pues aunque los buques carecían de inalámbrica y el telégrafo de tierra tenía un censor, el hijo de un antiguo servidor de la Armada, del maquinista Pinedo, estuvo en contacto con el Estado Mayor de la escuadrilla y transmitió los telegramas de la Presidencia de la República y recibió nuestras contestaciones. Por este conducto supimos que el General Joaquín Beltrán, los federales, los Sozaya y Celso Vega avanzaban sobre Veracruz. Félix Díaz ocupaba la plaza pero nunca intentó evitar el aprovisionamiento de los buques, pues cuando un destacamento de soldados se acercó

hacia el malecón, fué recibido con cañonazos por los buques de la Armada. Supimos, al ponernos en contacto con el General Beltrán, el envío de un parlamentario, que lo era el Capitán Primero Hernando Limón. Se señaló una zona neutral; esta zona, que la componían el hoy muelle de la terminal y sus alrededores, fué guarnecida por la marinería de los buques, ya que no se nos había permitido en un desembarco, arrojar a Félix Díaz del puerto, pues un noble mensaje del Presidente de la República, contestación a nuestra proposición, dijo: El pueblo de Veracruz no es responsable de los actos de Félix Díaz; los cañones de vuestros barcos castigarían injustamente a ese pueblo; ya mando fuerzas competentes a las órdenes del General Beltrán a reconquistar la plaza. El entusiasmo de la oficialidad de marina por el cumplimiento de su deber llegó a sus límites; toda esa juventud preñada de ilusiones y de carácter pedía ir a los puestos de mayor peligro; sobraba personal con entera voluntad para ir al sacrificio en aras del deber y, de acuerdo con lo convenido, la plaza fué atacada a las seis de la mañana por la artillería del General Beltrán que había montado en los médanos. Mandaba la batería a que aludo el Capitán Primero José González Casabantes, hermano del Gobernador de Chihuahua, y las ametralladoras el Capitán Segundo Julio García, hoy General de nuestro Ejército.

El Batallón de Xico venía preñado de oficialidad brillante. A pesar de los críticos que desconocen el medio militar y que anticipadamente juzgan al General Anaya porque no les fué enviado el parque oportunamente, en los ejércitos de mi patria siempre ha habido hombres de honor. El extinto ejército federal, que estaba compuesto de una oficialidad brillantísima, hija de los colegios militares, con un admirable sentido de lo que es el honor militar. Un cuarenta por ciento de jefes resultaron de esos colegios también. Tropa de leva forzado y carne de cañón hija de las ambiciones personales de tiranos jefes políticos que era pésima y más pésimos los generales resultados de la revolución de Tuxtepec, que olvidando a su patria no habían evolucionado en ningún sentido, pues ignorantes militarmente, desconocían las amarguras de un pueblo que pronto castigó el olvido de sus deberes para con la patria y que es una advertencia para el futuro, ya que no deben olvidarse los hombres que escalan este grado, que tienen obligación de pensar en su pueblo y constituir dentro de su organismo un acervo de conocimientos militares que los haga dignos de ostentar el grado que representan y cumplir con el deber antes de verse en el penoso caso del ejemplo que dió el extinto General de División Rosendo Márquez, héroe de la reforma y que fracasara militarmente frente a la rebelión de los indios tomoches en Chihuahua. La banda azul que cruzaba su cintura chorrió en los momentos

de fracaso, amargura y desazón. No quiero para los paladines de la revolución un fracaso igual por lo que los exhorto a que vivan dentro del pueblo y sin pena ninguna aprendan de quien sabe los conocimientos militares que deben llevarlos al triunfo cuando la patria se vuelva a sentir ensangrentada, pues no es suficiente enseñar la lengua con los vencidos de ayer, el caudal de conocimientos que deben de presentar si estos vencidos, convencidos de la justicia, llegan con todo el corazón a llevar los conocimientos militares que las aulas no les pudieron impartir.

Al frente del Batallón de Xico, como antes dije, estaban los bizarros Capitanes: Hernando Limón, Víctor Preciado y Juan Felipe Rico, quienes fueron los primeros en pisar las calles de Veracruz. Incidentes en la toma del puerto han sido descritos mejor por la pluma del General Joaquín Beltrán en su libro y sólo me limitaré a describir el papel de la marina en el momento de combate. Fuerzas rebeldes se habían apoderado de los altos del Palacio Municipal y de la torre de la parroquia. Al iniciarse el tiroteo en el interior de las calles el Cañonero "Morelos" batió tanto a los del Palacio Municipal como a los de la torre acallando sus fuegos. Esto sirvió para que las fuerzas del General Joaquín Beltrán pudieran avanzar sin resistencia hasta la toma de los cuarteles y ocupación de la plaza. Ocupada ésta, el entonces Capitán de Navío Hilario Rodríguez Malpica, Jefe del Estado Mayor del Presidente Madero, fué portador de las condecoraciones del mérito naval que ostentamos con orgullo los que supimos defender al Gobierno legítimo que encabezaba el apóstol de la revolución. Pequeños meses cruzaron en tregua para la marina. El "Morelos" zarpó para incorporarse a la Flota del Pacífico. La Decena Trágica nos sorprendió con la misma ignorancia de acontecimientos que la semana felicista. Tras del ruidoso consejo de guerra llevado en Veracruz y lamentado por nosotros, la nobleza del Presidente Madero, pues nuestros deseos eran que se fusilara a los autores del atentado de la semana a que aludo. Continuamos en nuestros puestos y sólo hubo cambio de jefe de escuadrilla, asumiendo el mando de este puesto el Comodoro Alejandro Cerisola. Era a la sazón Comandante Militar del puerto a cuyas órdenes estaba la escuadrilla, el pundonoroso General don José Refugio Velasco. Violentamente fuimos llamados por dicho General para notificarnos que después de los acontecimientos de la Ciudadela se había recibido en su comandancia un telegrama en donde se decía que Victoriano Huerta había sido nombrado Presidente interino de la República. Ninguno de los miembros de la marina estuvo conforme con esa decisión y con respeto manifestamos que no estábamos conformes con que por un telegrama se dijera quién era Presidente de la República e incitamos a que el General

Velasco se dirigiese a los secretarios de la Cámara de Diputados, ya que en nuestra conciencia estaba que la mayor parte habían sido electos por sus comitentes y que realmente representaban al pueblo.

El telegrama decía: "La Marina y yo, con mis fuerzas, no reconocemos más Presidente que a don Francisco I. Madero"; y con sorpresa infinita recibimos la contestación que decía: "Este Congreso, con aprobación del Senado, ha nombrado Presidente Interino de la República al General de División Victoriano Huerta". Contra nuestra voluntad nos pusimos a las órdenes del que consideramos cuando menos Presidente de hecho. Nadie de los jurisperitos a quienes en consulta hemos recurrido posteriormente nos ha podido decir en forma categórica cuál es el papel del instituto armado cuando uno de los Poderes rompe el orden constitucional, y cuál es el papel definido en este caso, pues sujeto a los vaivenes políticos será siempre el instituto armado de la fracción triunfante y no el soldado de la patria, preñado de saber, que no puede convertirse en juez del gobierno a quien sirve. La responsabilidad civil y material de los políticos debe tener su límite y el Estado Mayor del Ejército y de la Armada se impone para que dentro del más estricto honor puedan los militares del porvenir, sin tapujos y sin convertirse en políticos, cumplir con el deber, ya que el pueblo necesita hacer muchos sacrificios para proporcionarles los conocimientos y el material de guerra que sólo deben funcionar en defensa de la patria.

El ánimo de la Marina de Guerra decayó notablemente. Los felicistas de ayer eran los protegidos del gobierno de facto. Así se cambió Jefe del Departamento de Marina y se nombraron Comandantes nuevos y asumieron los puestos principales los inodados en la semana felicista. Los leales fuimos a parar a Quintana Roo. Dos núcleos fuertes de la marina comenzaron a defender al improvisado ejército de Huerta: uno destacado en Tampico y el otro destacado en Guaymas. En noviembre de 1913 mandaba el Cañonero "Veracruz" el que esto relata y fueron recibidos de manos del Coronel Auxiliar Ramón Sotil, los señores Daniel y Evaristo Madero, licenciado Antonio de la Paz Guerra, don Laureano Aguilar, padre del hoy General José Aguilar y hermano de éste; y un telegrama de Huerta decía: "Se espera de su patriotismo que los presos que le entreguen no lleguen a Veracruz". La contestación fué: "El patriotismo a que usted se refiere no está de acuerdo con mi honor". Incidentes chusco-trágicos suscitó este telegrama. El correlón Maas era el Comandante Militar en Veracruz. Cuando el que esto afirma llegó a dar parte de que conducía a 16 presos, le preguntó en tono alarmadísimo: "¿No ha recibido usted ningunas órdenes?" a lo que contesté: "Sí, mi General, este telegrama, al que contesté con este otro".

“Pues mucho cuidado, porque hay órdenes de que pase usted a México a informar”. Las hazañas del matarratas, los asesinatos cometidos en las personas del viril senador Belisario Domínguez y demás, hacían entender al Comandante del “Veracruz” qué significaban las palabras del Comandante Militar del puerto. Llegado a la ciudad de México, el hijo de Victoriano Huerta, Jorge, era Cadete del Colegio Militar cuando el que esto habla era Cabo en la Escuela Naval. El recuerdo cariñoso de los grados en las escuelas militares es un símbolo de afecto y respeto entre los estudiantes militares. Al pasar el dintel de la puerta de Chapultepec, Jorge Huerta preguntó: “¿Qué anda usted haciendo, mi Cabo”, no obstante ser Jorge superior en grado del que esto afirma. “Vengo llamado por la Presidencia de la República”. El viejo zorro dictador, tras los anteojos negros que ocultaban su desvergüenza, preguntó: “¿Usted es el Comandante del “Veracruz?” “Sí, mi General”. “¿Usted me puso este telegrama?” “Sí, mi General”; a lo que añadió que los telegrafistas eran unos tontos porque le sobraba un “no” a su telegrama, el cual se transformaba: “Se espera de su patriotismo que los presos que le entreguen lleguen a Veracruz”. El Comandante del “Veracruz” contestó: “Sí, mi General, son unos tontos, a los dos les sobra un “no”. “El patriotismo a que usted se refiere está de acuerdo con mi honor”. Recogió el mensaje y ordenó que no quedaran ni rastros de él en ninguna oficina telegráfica, pero para satisfacción del Comandante del “Veracruz”, los hermanos Madero habían visto el mensaje y certificado la veracidad de estos hechos. Toda la oficialidad en masa, con verdadero valor civil, acompañó hasta la estación a las esposas de los señores Madero. Cuando el Comandante del “Veracruz” volvió al puerto de su nombre, había sido relevado del mando quedando al comando de la embarcación el Capitán de Corbeta Agustín Guillé.

Tres buques componían la defensa de Tampico: el “Bravo”, el “Zaragoza” y el “Veracruz”; los Cañoneros “Guerrero”, “Morelos” y “Tampico” los tenían en el puerto de Guaymas, donde se estrellaron las valientes tropas del General Obregón, que no obstante sus instintos de verdadero General, cometió el error de continuar durante largo tiempo el ataque a Guaymas, que no pudo tomar por la presencia de los buques de guerra a los que no podía combatir, pues la fuerza moral y material lo imposibilitaban para ello.

Atacaba Tampico el General Caballero; durante muchos ataques fracasó, no obstante la torpe defensa del General Morelos Zaragoza. En el Pánuco constantemente se agitaban buques de guerra americanos, alemanes e ingleses; todos con distintas simpatías: los alemanes y los ingleses los te-

nían por la Marina Mexicana, no así los americanos que muchas veces estuvieron a punto de provocar un incidente internacional. No se sabe quién de los dos bandos rivalizó en valor; federales y revolucionarios se batieron con todo heroísmo durante siete meses; todos eran mexicanos. El valor espartano de los revolucionarios y el no menos demostrado por las tropas defensoras del puerto fueron siempre el asombro de los extranjeros, hasta que surgió el incidente entre el Coronel Hinojosa y los oficiales norteamericanos por los que el Almirante Mayo pidió a Morelos Zaragoza que saludara a la bandera norteamericana en desagravio de un incidente conocido, pues el torpe jefe irregular que guarnecía un puerto cercano a los entonces llanos del Golfo, vió que en lo que se consideraba campo rebelde había un grupo de paisanos; los mandó aprehender y luego los puso en libertad. Una simple satisfacción debió de haber terminado con este incidente, pero Huerta, en forma torpe, había querido reconocimiento americano a toda fuerza y la contestación fué la ocupación de Veracruz, que militarmente por parte de los americanos constituyó una torpeza incalificable. La superioridad numérica de las tropas de desembarco americanas y la superioridad material de los acorazados que rodearon Veracruz, no necesitaban haber hecho al puerto motivo del ataque. Por la hermosa bahía de Antón Lizardo, por la ensenada entre Punta Delgada y Veracruz pudieron haber desembarcado todas sus tropas y en un ataque nocturno, probablemente sin tiros, haber ocupado el puerto y no haber sacrificado en forma vergonzosa las tropas norteamericanas que quisieron demostrar la ausencia de conocimientos estratégicos de un ejército que comenzaba a tener marina militar. Acostumbrados a los desembarcos en las naciones de Centroamérica creyeron que en Veracruz sería igual; pero si el cobarde Maas hubiese sido mexicano, su hecatombe militar se hubiera desarrollado en el interior de las calles de Veracruz, ya que los 80 alumnos de la Escuela Naval hicieron reembarcar al Estado Mayor de Funston y que Azueta sólo con una ametralladora contuvo a los batallones de Manila que intentaban atacar la Escuela por la retaguardia. Un puñado de valientes veracruzanos cooperó a esta defensa que no se cantó a la derrota, como dijera un escritor moderno, sino la epopeya mexicana más grande con que cuenta la marina nacional, ya que significa valor exponerse siendo débil, a que se conculquen los derechos de un pueblo que sólo entre sí y por sí tiene la facultad de arreglar el futuro de los destinos de la patria. La escuadrilla de Tampico al tener conocimiento de los sucesos de Veracruz, se puso en contacto con los hombres de la Revolución y pidió unirse a ellos. Una contestación enfática y sin inteligencia impidió que la plaza de Tampico fuera ocupada sin derramamiento de sangre, y que en un abrazo de frater-

nidad mexicana se unieran la Marina de Guerra con los hombres de la Revolución, a quienes tanto deben, pues uno de los Generales revolucionarios contestó: son pretextos de Huerta. —Señor, dijo el oficial de marina, Veracruz no es de Huerta, sino de la República Mexicana; venimos a unirnos a ustedes. —Váyase, le dijo, y dígame a Morelos Zaragoza que mañana en la madrugada lo ataco. La escuadrilla de Tampico salió dividida en dos, el "Zaragoza" y el "Bravo", rompiendo el armisticio americano se expusieron a ser hundidos por los buques de la escuadra americana. El Capitán de Fragata Agustín Guillé, Comandante del "Veracruz", torpemente y obedeciendo una orden tonta de Morelos Zaragoza, hundió al "Veracruz", que quedó sepultado en las aguas de Tamós.

Mientras estos acontecimientos pasaban en el Golfo, en Guaymas un Comandante prostituido y lleno de lastras como era el Capitán de Navío Manuel Castellanos, había saqueado a Topolobampo en el ataque a este lugar. En la defensa de este puerto se distinguieron el Teniente de Fragata Hilario Rodríguez Malpica, hijo del entonces Comodoro del mismo nombre, quien se encontraba en el Brasil. Iban a ser procesados el Comandante Malpica y el pagador Rebatet. Las amarguras del padre de Malpica transmitidas a su hijo; la impresión que en el ánimo juvenil de este muchacho había tenido la caída del señor Madero, hizo que con un grupo de sus compañeros se sublevara el "Tampico" y fuese a unirse al General Obregón a Topolobampo. Artilló el cerro de "Las Gallinas" y se constituyó en defensor del puerto mencionado. Inmediatamente fueron destacados el "Guerrero" y el "Morelos" para batirlo. Una mañana salió el "Tampico" de su base para combatir con los barcos citados, y como el canal de dicho puerto es en zig-zag, el "Morelos" y el "Guerrero" hicieron blanco en los costados del "Tampico" y entró al puerto hundiéndose. Fué sacado por el maquinista David Johnson, hoy Comodoro de la Armada Nacional. Con este motivo el "Guerrero" tomó hacia su base de operaciones, que era Guaymas, y el "Morelos" se destacó en Mazatlán, que era ya atacado por las fuerzas del General Obregón.

Con motivo del incidente de Veracruz, se constituyó la escuadrilla del Pacífico y tomó el mando de ella el Comodoro Francisco L. Carrión, buen marino; pero exageradamente vicioso, dispuso que el "Morelos" entrara en aguas del astillero y por torpeza de maniobra, el buque se varó y fué hundido por la artillería de las fuerzas del General Obregón, que se encontraba montada en la Isla de Piedra. Pocos meses después en su viaje a Guaymas el "Guerrero" se encontró al "Tampico" fuera de Topolobampo. Este último estaba sin gobierno por descompostura de sus máquinas y al verse ambas embarcaciones, se alistaron en zafarrancho de combate y tras de un rudo

encuentro pereció el "Tampico" a manos del "Guerrero", haciendo el Comandante de este último buque 32 impactos al costado del "Tampico". La acción militar estaba ganada desde un principio por el "Guerrero", que tenía todos sus movimientos. Aprehendidos los tripulantes, el Comandante del "Tampico" se suicidó en la escala del "Guerrero", no obstante que estamos seguros que no hubiese sido muerto a manos de sus compañeros, como no murieron ni el hoy Comodoro Johnson ni los demás aprehendidos. Malpica fué enterrado con los honores de Ordenanza en Mazatlán y cuando se reclamó este noble proceder, el Comandante del "Guerrero" contestó que lo había hecho de su peculio y que ninguna autoridad competente había destituido de su grado al Comandante rebelde.

Terminó la revolución de 1914 con la entrada de las fuerzas constitucionalistas, el 14 de agosto de 1914. Durante los meses de junio y julio, todos los restos de las marinerías de todos los buques formaron un núcleo en la ciudad de México y estuvieron batiendo en Xochimilco y Tlalpan a los zapatistas, con asombro del ejército de tierra, el que vió que su condición de hombres de mar, no les impedía el que fueran soldados valientes en el momento del combate.

El transporte "Progreso", que con motivo de los acontecimientos de Veracruz se había refugiado en Tlacoatlpan, fué sublevado por el entonces Coronel Ricardo López, en combinación con el Jefe de Máquinas de dicha embarcación, que para confirmar el nombre se apellidaba Elizondo, y este buque se sublevó con su marinería contra Huerta, cuarenta y ocho horas después que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista había hecho su entrada a la Capital de la República, cuando toda la Marina se había puesto inmediatamente a las órdenes de la autoridad que asumía el Poder Ejecutivo a nombre de la Revolución.

La escisión Villa-Carranza trajo a la Marina, como consecuencia, que se dividiera también. Todos los buques de la Armada quedaron bajo el control del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, no así el personal. La influencia del poder naval muy pronto se hizo sentir. Parte del triunfo del Ejército Constitucionalista se debió a que toda la flota, por pequeña que ésta fuera, quedara a las órdenes del Primer Jefe. A ellas se debió la posible ocupación de Yucatán, no obstante que fué echado a pique el "Progreso" por inocencia de su Comandante, pues de campo enemigo se vió una canoa con víveres, y como la tripulación de la embarcación tenía algunos días de abstinencia, supuso tontamente que el enemigo podía mandar víveres y al izar un barril que parecía de patatas, éste estaba lleno de dinamita y con un estopín de fricción amarrado a la bancada del bote. Los tripulantes del

pequeño cayuco volaron despedazados y con ellos el Contramaestre Ceballos, pero el barco se hundió; después fué sacado a flote y aún arbola como buque-escuela del Pacífico la bandera nacional. El personal de la Marina de Guerra fué a dar a los bandos que el destino le deparó; unos a las órdenes de la División del Norte, otros con los zapatistas y el personal embarcado con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Afortunadamente para nuestro Cuerpo, en todas partes donde prestaron sus servicios, hicieron un papel honroso y siempre procuraron evitar a la Marina mayores males.

Después de los combates de Celaya, los de la División del Norte, y los zapatistas arribaron a los puertos. Intentaban comer de su profesión en la marina mercante, pero desgraciadamente ésta estaba ocupada por españoles mercenarios y no tenían de mexicanos, sino la bandera que arbolaba en la popa y ni siquiera castellano se hablaba en estas embarcaciones, pues la oficialidad y la marinería, compuesta en su mayor parte por hombres de las provincias vascongadas, usaban el vascuense para entenderse. Pronto los marinos mexicanos fueron calumniados por los mercenarios ante el señor Carranza; un telegrama que decía: "Marinos separados de la Armada intentan apoderarse mando buques mercantes objeto hacer un movimiento felicista". Por la mente de ninguno de los hijos de la Escuela Naval había pasado semejante dislate, pero fueron desembarcados y a los seis meses se acercaron, por conducto del General Cándido Aguilar, al señor Carranza, pidiéndole los dejara embarcar. Contestó mostrándoles el telegrama, a lo que uno de ellos dijo: "Hace seis meses pusieron a usted ese telegrama y todavía no nos hemos ido con Félix Díaz". Sin ambajes y sin titubeos, inmediatamente firmó la orden para que pudiesen embarcarse los marinos mexicanos de nacimiento. Con motivo de esta entrada nació el deseo de que la marina fuera mexicana, y comprobado que la mayor parte de los nacionalizados no sólo tenían carta de nacionalidad mexicana, sino que habían muchos de ellos, que tuviesen carta de ciudadanía cubana, venezolana y americana; se comprobó que no eran sino mercenarios que navegaban al amparo de la bandera que les convenía. Este hecho y el incidente ocurrido a los buques "Jalisco", "Coahuila" y "México" en La Habana, cuando los acontecimientos del Carrizal, suponían las tropas mercenarias que una guerra de los Estados Unidos con México era inminente, arriaron sin permiso del cónsul, las banderas mexicanas y pusieron la cubana, arrojando a patadas a los pocos mexicanos que había en sus tripulaciones. Esto dió motivo a que tres hijos de la Revolución, enemigos de ayer, se pusieran totalmente del lado de los mexicanos de nacimiento: los Generales Heriberto Jara, Cándido Aguilar y Francisco J. Mújica, tomando por su cuenta la inspección del

artículo 32, que hizo que se expulsaran de la marina mercante al personal de mando y a los primeros maquinistas, y que se esculpiera en las escuelas navales y náuticas de la patria, con letras de oro, el nombre de los constituyentes que tuvieron el valor de confeccionar el Artículo 32, que hicieron que en México la marina fuera mexicana. Por eso los marinos no podemos decir sino ; Sacrosanta Revolución que diste pan legítimamente a los hombres de mar, nacidos en México! Este incidente, fué el que hizo que se separaran los Departamentos de Marina Mercante del de Guerra, pues un señor Oliver, Jefe de la Sección de Marina Mercante en la Secretaría de Guerra y Marina, se oponía rotundamente al mandato constitucional y abordamos los marinos mexicanos a la Marina Mercante, reserva de la de Guerra, con beneplácito de los armadores que nos recibieran hostiles; que por los buenos conocimientos adquiridos habíamos conseguido en el año que fijo una economía de combustible por valor de seis millones de dólares, que motivó una gratificación a los capitanes y maquinistas, y que en el mundo entero supieran que los marinos de mi patria tienen, como decía el Comandante Jefe de la Misión Inglesa, tantos conocimientos como un inglés.

Vinieron los acontecimientos de 1920. La Flota del Golfo permanecía leal al Gobierno del señor Carranza e impidió que el ex General Guadalupe Sánchez ocupara Veracruz. En el Pacífico, el Comandante del "Guerrero", Capitán de Fragata Hiram Hernández, con todo vigor y con toda lealtad salvó a ese buque y bombardeó el puerto de Acapulco, siendo ascendido, por estos hechos, a Capitán de Navío; pero por el mal trato que daba a sus oficiales, fué abandonado en Manzanillo por ellos, conduciendo el buque a ponerse a las órdenes del General Obregón.

En Veracruz, un incidente digno de mención, fué el del Teniente de Fragata Carlos Castillo Bretón, a quien preguntara el General Vargas sobre quién estaba con el General Obregón, contestando Castillo Bretón, que en la Escuela Naval había aprendido que como primer deber era defender al Gobierno constituido; lo que hizo que el oficial de que se trata pidiera su baja, volviendo posteriormente en 1923.

La eterna cantinela llovía sobre los marinos. La ausencia de prosperidad de la Armada se debía, según los políticos, a que nunca había tomado parte en las rebeliones del país, y con este motivo se fué incubando la primera deslealtad de la Marina de Guerra, y en 1923 con excepción del cañonero "Bravo" y de la Infantería Naval del Pacífico, el resto de la flota se pasó al enemigo. En este incidente, de 14 Capitanes de Navío quedamos tres leales: Arturo Lapahm, Hiram Hernández y Luis Hurtado de Mendoza. Desgraciadamente, los dos primeros cayeron en el bochornoso asunto de

1929, del que me abstengo de hablar, por haber sido parte autora y para que no se juzgue esta conferencia como una desahogo de pasiones, sino como la justa historia de la función militar de la Marina de Guerra, durante el período de 1910 a 1937, pues los acontecimientos de 1929 fueron tan públicos, que es inútil tratarlos en esta conferencia.

Las consecuencias militares que se deducen de la actuación de la Marina, son las siguientes: Que es indispensable la presencia de ella para garantía de las costas, para ejercer la soberanía de la patria sobre ellas, pues desgraciadamente después de los acontecimientos de 1929, un acuerdo de un Secretario de Guerra, omnímodo, pudo haber dado al traste con la presencia de la Marina de Guerra en el país. Alguien asegura que este acuerdo fué inspirado por un elemento de la misma Marina de Guerra, que para vergüenza de él, debía ostentar en su gorra el escudo de la Armada Nacional. El acuerdo a que aludo, decía: "Gírense las órdenes para que sea suprimida la Marina de Guerra en México". El firmante de este atentado que ya no está en servicio activo, al cual puedo juzgar como militar, tuvo siquiera el resquemor de ordenar que se consultara tal decisión al que esto habla. Un estudio sobre la asistencia constitucional de la Marina de Guerra, sobre la amargura patriótica de que por falta de marina de guerra, Centemel, cubano de nacimiento, tuvo en su poder el Estado de Tabasco durante dos años. En la historia del gran patricio don Benito Juárez, se ve la lacra de que el "Saratoga", buque de guerra americano, atacara a los buques de Miramón y Antón Lizardo, y que el argumento principal y más sólido que pudo presentar y que fué el día que el Gobierno dijera que no necesitaba la marina de guerra, era tanto como decir a los países extranjeros: prescindo voluntariamente de ejercer la soberanía sobre las costas y dar pábulo para que so pretexto de piratas y garantía de las banderas, se puedan ocupar a lo largo de las costas, los puntos estratégicos para una flota que más necesita de nuestras costas, que nosotros mismos. La vergüenza llegó al rostro de este hombre y destruyó el acuerdo y todas las órdenes dadas.

Queda en nuestro corazón de marinos de guerra el cariño para los mandatarios que han sabido entender a la Marina de Guerra, así como nuestro amargo dolor para los faltos de patriotismo, que porque una música de la Marina no estuvo a sus órdenes, hostilizó a la Armada de la patria hasta negarle lo más insignificante para su subsistencia, haciendo cómplice suyo al que por ausencia de conocimientos técnicos desconocía el valor militar de una Marina de Guerra en un país que tiene nueve mil kilómetros de costa, pues sólo puedo decir, para terminar, que la abnegación de los hijos de la Escuela, de los Azueta y de los Uribe, llegó al grado de que de su mísero

suelo sacaran para comprar el jabón con que lavara la bandera que ostenta los colores de mi patria.

Nunca he llevado en mi bandera el carácter de rastrero; pero la justicia nunca es alabanza y por eso debemos los marinos recordar con cariño a los hombres del Gobierno que han querido a la Marina de Guerra. Llor a los Serrano, a los Avila Camacho, Figueroa y Cárdenas, que con mano blanda y segura quieren para mi patria una marina en consonancia con el poder de sus costas. Que la labor social de la Secretaría de Guerra y Marina, llevada a cabo en Bahía Magdalena, Acapulco, Ciudad del Carmen, Cozumel e Isla Mujeres, esté siempre grabada en la mente de los marinos, puesto que estos hombres entienden la influencia que el poder naval ha tenido en la historia de los mundos.

Y así llegamos a la vejez sin coche ni casa propia, con la bandera de la honradez por norma con gusto os excito comodores del mañana a que penséis como hasta la fecha, pues cuando se llega a la cubierta de vuestros buques en són de inspección se nota un cariño acendrado para vuestras tripulaciones, que os preocupa el buen comer de la marinería, cuando la presencia gallarda de vuestros barcos es el resultado de que invertís los fondos del Erario en la conservación del material, cuando haciendo contraste con el único Jefe del Departamento que no ha sido marino, la pulcra honradez del actual jefe que llega a rayar en quijotismo, pensamos que el honor inglés de instructores de ayer ha fructificado en vuestras almas puras, y que en la Marina de Guerra se tiene como pensamiento los lemas asentados en los buques siempre a la hora, que es la razón del deber y primero es la Patria que la razón del sentir. Seguid por este camino, que a los que obran bien siempre los premia la posteridad.